

ÍTACA, DE TOMÁS HARRIS

por Manuel Silva Acevedo

quiera el cielo que el lector, animoso y momentáneamente tan feroz como lo que lee, encuentre sin desorientarse su camino abrupto y salvaje a través de las ciénagas desoladas de estas páginas sombrías y rebosantes de veneno; pues, a no ser que aplique a su lectura una lógica rigurosa y una tensión espiritual equivalente por lo menos a su desconfianza, las emanaciones mortíferas de este libro impregnarán su alma, igual que el agua impregna el azúcar. No es aconsejable para todos leer las páginas que seguirán; solamente a algunos les será dado saborear sin riesgo este fruto amargo”.

Quien habla en estas líneas es Maldoror, el engendro del Conde de Lautremont, y no una de las muchas máscaras que encubren al hablante del libro *Ítaca* del poeta chileno Tomás Harris, pero el escalofrío en la columna nos resulta familiar. Este poemario, que se articula con otros anterior-

res de Harris (*Cipango*, *Los siete náufragos*, *Crónicas maravillosas*), supone —a través de sus siete secciones— una especie de odisea virtual, intemporal y estática, o quizás sea mejor decir una antiodisea, despojada de todo alarde épico o lírico, y cuya culminación es una *Ítaca* atravesada por el Bío-Bío. Aquí el hablante no es un héroe ni mucho menos, y aun parapetándose tras la máscara de Teseo, Gericault, el actor Ray Milland, famoso por su *delirium tremens* en las pantallas de los años '50, o el hijo del Hombre, pero sin brazos y sin (obviamente) crucifixión, o el hombre de visión de rayos X, el voyerista pasmado, el Malcom Lowry de Chiguayante, el señor A. o el señor K., da lo mismo, frente a *Ítaca*. Se trata de un mismo testigo alucinado y marginal de un no-tiempo coagulado que se muerde la sombra y hace arder la precaria identidad del escribiente con frías llamas infernales.

¿Quién soy ahora?, le pregunto a mi sombra./ En realidad no le pregunto a mi

Manuel Silva Acevedo nació en Santiago de Chile en 1942. Hizo sus estudios de Castellano, Filosofía y Periodismo en la Universidad de Chile. Perteneció a la generación de poetas de los años sesenta. Entre sus obras publicadas se encuentran *Perturbaciones* (1967), *Lobos y ovejas* (1976), *Mester de bastardía* (1977), *Palos de ciego* (1986), *Canto rodado* (1995), *Houdini* (1995), *Sumaalzada* (1998) y *Cara de hereje* (2000).

sombra./ La pregunta cuelga en un letrero a la derecha del escenario./ ¿QUIÉN SOY AHORA ?/ Tú, me responde mi sombra./ Tú es un adverbio y yo soy un hombre, anatematizo a mi sombra;/ todos los hombres son adverbios, contesta mi sombra, muy Paidós..., ¿ Y yo, él, nosotros, ustedes? Imploro a mi sombra./ Los adverbios son intercambiables y todos los adverbios son más caras./ dice la sombra, gramática y metafísica”.

Este hablante multifacético, proteico y coloidal, amarrado al falo onanista del control remoto navega en las aguas procelosas del zapping, delira, imbrica espectros e imágenes, hibrida tradición y heavy metal, se convulsiona bajo los efectos inyectables de la Coca-Cola, y resiste dopado la embestida de la Bestia, encarnada en los 666 canales de la televisión digital, claustrofóbico y paranoico en el inextricable laberinto de papel, transformado en estas páginas en espeluznante videogame del absurdo, donde los peces rojos del film *Rumble Fish* se metamorfosean en mariposas negras, lo que contribuye a subrayar la atmósfera gótica que domina el universo poético de este nuevo texto de Tomás Harris.

Obviamente, el hablante no se propone erigirse en guardián del mito, ni intentar la alquimia del verbo, ni menos preservar los objetos del lar traspasándolos al mundo invisible a través del corazón de la palabra poética. Como en un trance autista asiste al panorama de un viaje de incierto destino, semejante a una cinta Moebius enrollada al cuello de un feto prematuro. Más bien trastoca y profana los viejos mitos e íconos de Occidente, haciéndolos entrar en contuber-

nio con elementos de la cultura pop canonizados por los medios de masa, convirtiéndolos en eslabones de un thriller entrópico y terminal, no exento de un negro humor proveniente del genoma antipoético:

“Yo creo que la poesía debe ser como esa viejas películas de terror (...) pero al revés, una catarsis satánica, sumándole al horror y a la conmisericordia una carcajada brutal, que muestre todas las fétidas caries de las mediaguas, y que haga una yuxtaposición con todos los laberintos del Minotauro, confiesa en el poema “Ars poética” de la sección “El minotauro” sin su laberinto”.

Después de todo, Ítaca no es más que un salón de billar y las vidas son las bolas que van a dar a las buchacas. «Ya habrás comprendido las Ítacas qué es lo que significan», cita a Cavafis, viajero precedente.

Ítaca parece ser un cebo, una carnada, la zanahoria por delante de las narices instando a proseguir un viaje sin sentido (no sabía que estábamos varados en la propia Ítaca, acota). Las voces de las sirenas remedan a Poe, a Ciorán, a Celan, a William Blake, al Príncipe Hamlet y los Heraldos Negros, a Jesucristo sin brazos, a Otto Dix, Eliphaz Levi, David Lynch, Wim Wenders. Mientras que Circe y Nausica se transfigurarán en *starlettes* de la pantalla grande, pero no consiguen hacer desistir al alumbrado, o al asombrado debiéramos decir, que va tras Ítaca. Y al llegar a destino, la cita de Cavafis resulta no exenta de ironía por parte de quien la inserta en este contexto: “Ítaca te dio el bello viaje/ Sin ella no hubieses salido al camino”.

Por último, diré que este libro me ha

conmocionado. Casi me atrevería a decir que me ha escandalizado. Pero he conseguido recuperarme... y comprender lo que encierra esta propuesta escritural de Harris, cuando todo parece haberse derrumbado (este texto fue escrito antes del 11 de septiembre) junto con el poder de la palabra poética, arrollada por la fuerza invasora de la imagen reproducida por otros medios. Digamos que Harris apura hasta las heces, pero con distancia, la copa de las abominaciones e incluso se queda corto. A comienzos de los '80 intenté algo parecido con *Terrores Diurnos*, pero más tarde desanduve

lo andado. Creo que la poética de Harris toma el riesgo y se abandona a las corrientes de lo ineluctable; a su manera, y a la de Orfeo y Dante, se atreve a propinarse una «temporada en el infierno», y va estampando unas huellas que van detrás de otras huellas, y que no niegan ni reniegan de la vieja tradición, aunque la revuelquen por el lodo. Me atrevo a afirmar que la escritura de Harris es la que marca en la poesía chilena el cambio de siglo, el cambio de sensibilidad, el paso a otra mirada. ¿Y mañana? ¡Qué sabemos del mañana! “El mañana es un acto fallido de Dios”, remacha Harris.

Poemas de Ítaca

EL DESEO Y LO MAGRO

Soy Teseo, un holograma yonky,
 el Hombre Invisible + su doble
 y comienzo a carbonizarme;
 esto no es a la fuerza, me gusta carbonizarme,
 carbonizarse cobija y consuela,
 (no soy el árbol ni el grillo cansado de su canto)
 Voy en tránsito hacia lo estéril sin adjetivar.
 Es energía pura, un aerolito reventándote los sesos.
 Te pones este aparatito en la cabeza y puedes
 revivir coitos pasados, tuyos o de otro carbonizado,
 que los dejé como los primitivos erectos
 dejaron sus bisontes destripados en Lascaux,
 para cualquiera o para mí.
 Siempre que me carbonizo, me masturbo y lloro
 cuando eyaculo con las tetitas de Juliete,
 canto letanías, me voy en el canto,
 hasta que caigo como un sudario ahogado

por las lágrimas reales y la virtual ilusión.
Entonces, entra mi sombra por la izquierda de las tablas:
ya te estás masturbando me dice la sombra
cuántos años tienes
y aún te masturbas con la virtualidad.
Sssht: escucho a mi sombra entre las voces
(las voces que siempre oigo)
las voces que se entreveran con los cables de mi mente,
las voces piadosas
de los santos que susurran vanos
hacia mi última y deliciosamente calcinada
circunvalación cerebral.

LAS VIRTUALIDAD DEL DESEO

No, le digo a mi sombra,
orando para que ella sea una corriente alterna
hacia mis santos más devotos; Juan, Tomás, Agustín,
no es virtualidad;
cuando eyaculo, siento la tibieza rancia
de las tetitas de Juliete entre mi pene.
Y por qué estás todo manchado de semen,
dice la sombra
si eyaculaste entre los pechos de Juliete.
Esto no es virtualidad, le imploro a mi sombra, son recuerdos.
No, me insiste mi sombra petulante
los recuerdos se esfuman,
se desintegran,
se desvanecen
son partículas viejas de tu mente,
holografías añejas,
cuando eyaculas sobre los pechos de Juliete
eyaculas sobre una holografía añeja;
los recuerdos están diseñados para olvidarse,
insiste mi sombra y se sienta en el verde sofá destartalado
de las ficciones viejas que siempre ocupa
y yo oigo esas voces de iguanas cornudas,
de lémures de Madagascar.

TODO HOMBRE PROVIENE DE UNA GRUTA O CAVERNA
POR ESO HA DE CARGAR TODA SU VIDA CON UNA SOMBRA
DE MARCADAS INCLINACIONES PLATÓNICAS

Podrias al menos traer papel higiénico,
ruge mi sombra,
mira como tienes los pantalones
todos manchados con semen,
recuerda que los lavé ayer nomás
en un instante anterior al principio de los tiempos.
Pero si el tiempo se ha detenido,
le recuerdo a mi sombra,
mientras no le eche el guante al Minotauro y lo traiga
a Tebas, el tiempo continuará detenido.
Hablas como si estuvieras en una tragedia griega,
observa mi sombra,
como si estuvieras roeado de Ménades rockeras.
El tiempo detenido asfixia a las personas y las sombras;
destruye y desintegra las ciudades, los países,
los buenos deseos,
las buenas conciencias y los lacerados atardeceres,
le repito a mi sombra,
mientras las voces apelantes me susurran.
Escucho disparos, ráfagas en la calle,
le digo a mi sombra.
Sueñas con tiempos idos, me dice la sombra,
pero iré a ver,
y sale por la izquierda del escenario
y me deja abandonado la sombra
la muy puta sombra; pero
la sombra es mi Padre, mi Madre y Yo,
la perfecta Santísima Trinidad y su Misterio;
ella nació en el Siglo V antes de Nuestro Señor Jesucristo,
en una caverna húmeda e imaginaria.
Es como el humo que señala el fuego,
la sombra siempre será lo irreal en relación a lo real,
siempre aparece como lo que existe respecto a lo otro;
pero necesito mi sombra,
aunque me abandone a veces,
ella es fuego que señala mi humo,
aunque los escolásticos terminaran convirtiendo a la pobre sombra
en símbolo del símbolo.